

# Creativismo humano y redención cristiana

Por MODESTO SANTOS

Viene caracterizándose nuestra época actual por un creativismo exitoso que procede de una mayor concienciación por parte del hombre de su dignidad personal, de sus valores humanos intrínsecos, y de sus posibilidades. Frente a épocas pasadas en que la naturaleza se presentaba al hombre con un carácter misterioso, dominador, que le remitía a una actitud religiosa de admiración e invocación de lo trascendente, es la nuestra una época de desacralización, desmitificación y desvelamiento de los valores hasta ahora tenidos como intangibles por sagrados.

El hombre moderno quiere penetrar lo real —cualquiera que sea la categoría y etiqueta con que tradicionalmente viniera presentándose— desde dentro, en y desde sí mismo.

Y lo que aún queda de misterioso en el mundo exterior o en el mundo del hombre, más que a la admiración, a la conciencia de límite, o a la plegaria, induce al hombre a una puesta en marcha más vigorosa de su capacidad de descubrimiento y de transformación.

El hombre se siente hoy más creador que nunca.

Descubrir el sentido cristiano de este creativismo es tarea que nos compete a los que creemos en Jesucristo, creador de la vida, y que con su encarnación, muerte y resurrección ha devuelto al hombre la Vida, y desde la Cruz ha atraído hacia sí todas las cosas.

El fenómeno de la desacralización, que en una visión superficial lleva a muchos a interpretarlo como una pérdida irremisible de la relación religiosa con Dios, puede ser (y lo es en muchos casos) en una visión más profunda —me atrevería a decir, más cristiana— una toma de conciencia por el hombre de su ser de criatura y por lo mismo de colaborador con Dios en la perfección de este mundo.

Interpretado así, el fenómeno de la desacralización vendría a ser un intento por parte del hombre moderno de privar a las cosas del carácter mítico que se les venía dando y que instalaba al hombre en una invocación perezosa a la Divinidad con la que se sentía dispensado de su aportación personal eficiente a las tareas de este mundo.

Si se piensa por otra parte que la redención de

Cristo tiene como punto de partida la ascunción de la naturaleza humana, y desde ella su divinización como término, parece lógico que el hombre colabore con Dios creador y redentor desde su naturaleza y desde el mundo, que no es meramente un escenario (como tanta veces se ha dicho). Y que para él su tarea humano-religiosa —cristiana— no sea una apelación evasiva de lo humano-mundano a Dios, sino un tratar y trabajar desde dentro —en Cristo y con Cristo— su realidad personal y el entretreído cósmico en el que está implicada.

Tal vez el hombre moderno quiere huir de unos valores «religiosos» vacíos de contenido humano y de una realización desencarnada que consciente o inconscientemente no le consiente su carácter con naturalmente cristiano.

El hombre moderno que ha ido del culto vacío a la vida, del templo adormecedor a la fábrica pujante fuente del progreso, necesita el testimonio del creyente en Jesucristo que conjugando en su tarea diaria el culto con la vida, la creación con la redención, le haga ver el valor cultural y redentor de su tarea humana, y el vigor y dinamismo vivo en orden a la perfección del mundo de su culto cristiano.

Y estará entonces en mejores condiciones de entender los límites y el verdadero alcance de su creativismo. Y podrá comprender que la verdadera realización y salvación auténtica del hombre no es un valor intramundano asequible por las solas fuerzas del hombre y hecho con los materiales de este mundo, sino que es un don de Dios por Cristo redentor del hombre.

Entenderá que el hombre sólo es un hombre realizado si acepta ser un hombre redimido. Y su trabajo en este mundo no vendrá presidido por un progresismo ilusorio y destructor del verdadero ser del hombre —criatura e hijo de Dios— ni por una actividad febril y ahogada en el tiempo. A la angustia del hombre desligado de Dios sucederá la esperanza del hombre religado con Cristo.

Una reflexión que tal vez sea necesaria a los que en estos días vamos a participar una vez más en el misterio de Cristo muerto y resucitado, ese misterio oculto en el seno del Padre desde el comienzo de los siglos y revelado a los hombres en su Unigénito hecho hombre.